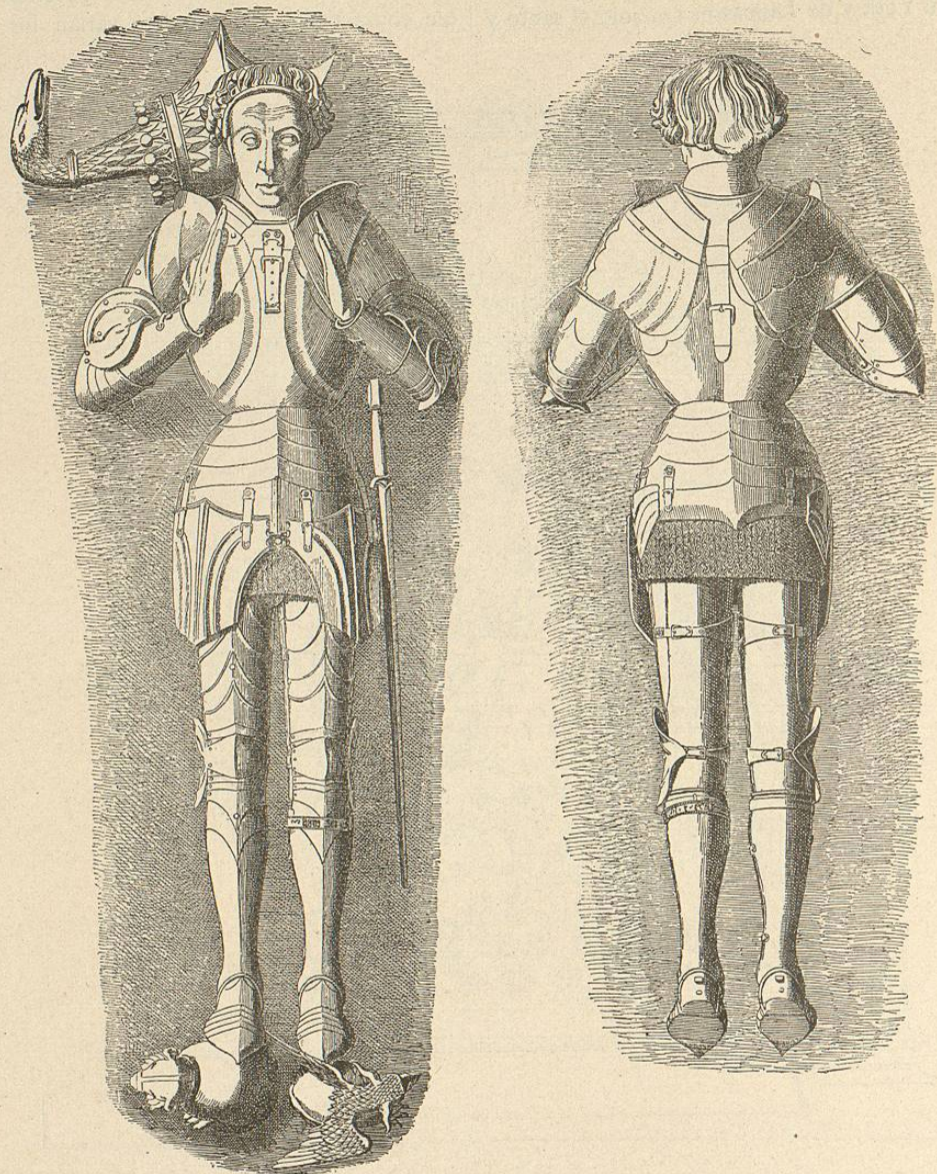


Una cuestion de sucesion de esta clase jamás habria podido dar origen á treinta años de guerra intestina si no le hubiesen dado fuerza é importancia motivos sociales y económicos que estaban á la sazón en pugna en Inglaterra. El ambicioso Ricardo de York aprovechó el descontento general producido por la situacion exterior é interior del país, situacion cuya mejora no podia esperarse del gobierno débil

de Enrique VI, para agrupar á su alrededor y en provecho propio las fuerzas del descontento general. Las diversas situaciones y los cambios repentinos que las vicisitudes de la lucha produjeron en los treinta años que siguieron al alzamiento del duque de York tienen sorprendente analogía con los sucesos ocurridos en los treinta años anteriores en Francia. Del mismo modo que en este país, el poder habia pasa-



Armadura inglesa del primer tercio del siglo XV.

Copiada del sepulcro de Ricardo de Beauchamp, conde de Warwick, que se halla en la iglesia de Santa Maria de Warwick. Fué este caballero una especialidad en los torneos; visitó la Francia, Italia, la Tierra Santa, Rusia, Lituania, Polonia y Alemania; asistió á la coronacion de Enrique V de Inglaterra y á las sesiones del Concilio de Constanza en 1414, muriendo el año 1439.

do de las manos del rey á las de la nobleza, la cual arregló sus actos exclusivamente á lo que exigian los intereses de su clase; la tenaz oposicion de Gloucester habia sido vencida asesinandole en el año 1447. El heredero de la política de Gloucester, política que se hizo antidinástica, fué Ricardo de York, el cual tenia las simpatías de la nacion á lo menos por ser adversario del gobierno que habia hecho perder al país las conquistas de Enrique V, que lo habia arruinado y habia turbado la paz interior tolerando las extralimitaciones crecientes de los prohombres del feudalismo. Por esto la nobleza feudal se puso del lado de la corona, es decir del rey Enrique VI y de Margarita, y defendió con teson los derechos de la casa de Lancáster. Ricardo era el mayor pro-

pietario territorial del país y como tal disponia ya de una gran fuerza; contaba tambien con el apoyo de la opulentísima é influyente familia de Nevil, y además y principalmente desde el principio con el de la clase media y por lo mismo con la capital.

Contribuyó muchísimo á la destruccion del orden existente el desenfreno del elemento militar, consecuencia de las largas guerras sostenidas por Inglaterra en el continente, y que se hizo sentir con especial violencia en Inglaterra desde el instante en que la terminacion de la guerra habia dejado sin ocupacion á todos los elementos que de ella vivian. A millares regresaron á Inglaterra las tropas reales, hasta entonces asalariadas por la corona, y buscaron servicio en las

grandes casas nobles, que desde el principio de las guerras cifraban su orgullo en tener el mayor número posible de hombres armados á su sueldo, á título de servidumbre. Dábanles el uniforme ó sea la librea y demás distintivos de la casa á cuyo servicio estaban, y hasta miembros de la alta aristocracia no tuvieron á mengua llevar los distintivos de otras casas para hacer ver así que pertenecian á su partido. Usaban especialmente tales distintivos los grandes partidos de la corte. Con el ingreso de la tropa licenciada al servicio

de los nobles se introdujo en esta lucha de corrientes encontradas un elemento peligrosísimo por el interés que tenia en que se prolongara la guerra interior. Los soldados, como mercenarios que eran, servian al que les pagaba, sin cuidarse de la causa que defendian, y hacian la guerra porque este era su oficio. Habiendo dejado desde mucho tiempo de ser privilegio exclusivo de la corona la construccion de castillos fuertes, los grandes barones los levantaron en sus posesiones en tanto número que formaron una verdade-



Un rey de Inglaterra en su lecho de muerte.

Miniatura del ya citado manuscrito de Froissart, que se conserva actualmente en la biblioteca municipal de Breslau.

ra red de puntos fortificados que cubria todo el país, asegurando á las facciones una base formidable en las luchas civiles.

En esta situacion del país creyó Ricardo de York en 1453 que habia llegado el momento de alzarse en armas con su partido. Dejó su puesto en Irlanda y se presentó en Inglaterra, donde acudieron á engrosar su hueste de todas partes partidas armadas, viviendo sobre el país. Al propio tiempo habian estallado de nuevo las hostilidades en Francia, resultando para Inglaterra la terrible derrota de Chatillon, en la cual perdió á Talbot, su último gran capitán. Esta fué una gran desgracia para la casa de Lancáster, porque se atribuyó la derrota á la reina francesa y al conde de Sommerset, que habia sustituido en el consejo de la reina al difunto Suffolk. Entonces el débil rey Enrique VI cayó enfermo, corporal é intelectualmente, y quedó incapacitado para el gobierno. Era esta la mejor ocasion que se ofrecia al pretendiente Ricardo de York para apoderarse del trono; pero

sucedió que cabalmente entonces la reina dió á luz su primer hijo, acontecimiento que por supuesto dió lugar á murmuraciones malignas, sin que nada se pudiese probar contra el honor de la reina ni se llegara siquiera á intentarlo. No obstante, el solo hecho de tales murmuraciones y la aceptacion que tuvieron prueban la gran aversion que existia contra la casa de Lancáster y lo mucho que habria gustado su extincion. Ricardo de York aprovechó la enfermedad y el estado mental del rey para hacerse nombrar por el parlamento, en enero de 1454, protector y defensor del reino durante la incapacidad del rey, poniendo así término á la influencia de la reina y de su auxiliar Sommerset. Pero al poco tiempo mejoró el estado del rey, que en la primavera del año siguiente, 1455, pudo volver á encargarse del gobierno, y con esto concluyó el protectorado de York, y Margarita y Sommerset volvieron á empuñar el timon del Estado.

Este episodio de protectorado puso de manifiesto las in-

tenciones de York y de una gran parte de la nación, y excitó mas que nunca á la reina á defender el trono, pues era madre y tenía obligación de conservarlo para su hijo. York, temiendo por su vida, echó mano á las armas y dió principio á la guerra civil, en la cual sus partidarios usaron por emblema una rosa blanca y los partidarios de la casa de Lancáster una rosa encarnada. El 21 de mayo alcanzó York cerca de Saint-Albans una señalada victoria sobre las fuerzas reales. En esta batalla pereció el odiado Sommerset, y York debió la victoria al arrojo de su cuñado el conde de Warwick, hijo del conde de Salisbury. Aquel fué el primer hecho de armas de Warwick, que tan grande como funesta influencia estaba destinado á ejercer en la suerte de Inglaterra. La victoria de Saint Albans y la muerte de Sommerset libraron por de pronto á York de todo peligro personal de parte de la reina. Al propio tiempo recayó el rey en su pasada enfermedad y York fué llamado otra vez á ejercer el cargo de protector y defensor del reino, pero no temporalmente, como la primera vez, hasta que el rey volviera á encontrarse apto para el gobierno, sino hasta que los lores del parlamento lo quisiesen. York aprovechó su cargo para reforzar el número de sus partidarios en el consejo real. Entretanto sus adversarios acechaban la ocasión favorable para derribarle, y los hijos y hermanos de los que habían muerto en la batalla de Saint-Albans no perdieron ocasión ninguna para vengar su muerte en sus contrarios. En la primavera del año 1458 volvió á mejorar la salud del rey, y York tuvo que dejar su cargo en manos de sus enemigos. El rey Enrique VI creyó poder reconciliar á los dos partidos en una solemne asamblea celebrada en la iglesia de San Pablo en Londres; pero la tal reconciliación no pasó de ser una mera ceremonia. Las pasiones estaban tan excitadas que el menor motivo podía hacer estallar á cualquier instante una guerra civil en todo el país.

El conde de Warwick, á quien York durante su protectorado había nombrado gobernador de Calais, puesto importantísimo y poco menos que independiente, produjo el choque de los dos bandos con su altanería insolente y su arbitrariedad brutal. Llamado á la corte para dar cuenta de su conducta y temiendo ser víctima de sus enemigos, se declaró en rebelión abierta; su padre Salisbury con todo su partido se agregó á la hueste de su hijo, y juntos derrotaron á las fuerzas reales cerca de Bloreheath, en el condado de Stafford. Al mismo tiempo volvió á echarse al campo York á pesar de las promesas de fidelidad y lealtad que había hecho al rey y á la casa de Lancáster. Uniéronse con él Warwick y Salisbury, pero fueron derrotados por las tropas del rey en octubre de 1459 cerca de Ludlow; una gran parte de la tropa de los rebeldes se pasó al ejército real, y el ejército rebelde se desbandó. York huyó á Irlanda, y Warwick y los suyos regresaron á Calais.

Enrique VI, con su poca penetración, se dejó engañar respecto del verdadero objeto de sus enemigos, y éstos pudieron rehacerse y desembarcar en la primavera del año 1460 con un ejército en el condado de Kent, siendo luego bien recibidos en Londres, desde donde marcharon al encuentro del ejército real, que tenía su mayor fuerza en los condados del Norte. Este ejército fué derrotado con grandes pérdidas el 10 de julio cerca de Northampton, y Enrique VI cayó en poder de los vencedores, los cuales le llevaron á Londres para apoderarse del gobierno bajo el nombre del rey. La reina Margarita con el heredero del trono logró refugiarse en Escocia, desde donde acechó el momento de volver á expulsar del gobierno á sus enemigos.

Ricardo de York se convenció muy pronto de que su triunfo no era tan completo como se había imaginado. Su

derecho al trono estaba sujeto á dudas, como ya hemos dicho, y el pueblo, que no había olvidado el glorioso reinado de Enrique V y los méritos de la casa de Lancáster á favor de Inglaterra, no dejó de reflexionar que si la usurpación de Enrique IV producía tan amargos frutos todavía en la tercera generación, no era prudente favorecer una usurpación nueva, que podía dar resultados peores. A muchos detenía el juramento de fidelidad que en su tiempo habían prestado al hijo de Enrique V, y decían que la culpa de los errores cometidos en el reinado de Enrique VI no era de este monarca sino de las influencias funestas á que había estado sujeto desde su infancia, y últimamente de la reina francesa. El parlamento se negó, pues, á destronar á Enrique VI y á proclamar en su lugar á Ricardo de York, y no se dejó influir por una memoria en la cual éste había expuesto su pretendido mayor derecho al trono de Inglaterra. Sin embargo, respecto del vencedor de Northampton tampoco era el parlamento completamente independiente, y por esto, para no disgustarle del todo, dispuso que Enrique VI conservase el trono mientras viviera, pero que á su muerte le sucediera Ricardo de York, quedando excluidos para siempre de la corona los individuos de la familia de Enrique VI. Era este un término medio que solo á algunos muy míopes podía parecer una solución. El rey se avino á todo y aprobó todo con la menguada autoridad que le quedaba, y York pudo considerarse ya de hecho rey de Inglaterra aunque Enrique continuara ciñendo la corona.

El triunfo de York fué de corta duración. La reina Margarita, con el auxilio de los escoceses y de la nobleza de los condados del Norte, volvió á reunir un ejército para amparar y defender los derechos de su hijo Eduardo, y pronto estuvo el Norte levantado en armas contra el Sur, exactamente como había sucedido algunos decenios antes en Francia, con la perspectiva también de que se rompiera la unidad del reino dividiéndose éste entre dos soberanos rivales. Para evitar tal vez este peligro decidióse Ricardo de York á marchar contra el Norte, con el intento de desalojar de allí al gobierno rival y abandonando para ello su posición fuerte en el Sur. Caro pagó este error, porque en 30 de diciembre fué completamente derrotado cerca de Wakefield, cayendo con su hijo segundo, el joven conde Eduardo de Rutland, en manos de los vencedores. Estos se cebaron ferozmente en sus víctimas, matando al hijo á la vista del padre, maltratando al padre haciendo de él crueles mofas y cortándole finalmente la cabeza, la cual con una corona de papel fué clavada en la muralla de la capital de su ducado. Estas y otras ferocidades eran la triste consecuencia de las largas y fieras guerras del continente, y se estaba solo al principio de la guerra civil que llenó la Inglaterra de sangre, pues que cada partido hacía pagar con creces al otro sus crueldades cuando la suerte le favorecía.

Después de la victoria de Wakefield el ejército de la reina marchó hacia el Sur en dirección de Londres y derrotó cerca de Barnet, no lejos de Saint-Albans, al conde de Warwick que quiso cerrarle el paso con otro ejército. Warwick huyó, dejando en manos de los vencedores á Enrique VI, á quien había llevado consigo, y que fué saludado por los suyos con entusiasmo. Con él marchó la desenfrenada hueste victoriosa hasta delante de Londres, asolando el país, castigando cruelmente á cuantos partidarios de York cayeron en su poder y devastando sus propiedades; pero la hueste de los nobles partidarios del rey y de la reina, no encontrándose en bastante número para atacar á Londres ni á ninguna otra ciudad algo populosa, regresó al Norte, dejando así el campo libre al partido contrario y perdiendo todo el fruto de sus victorias de Wakefield y Barnet.

Eduardo, el hijo primogénito del pretendiente decapitado, aprovechó la retirada del ejército real para dirigirse con Warwick á Londres, donde hizo su entrada solemne á principios de marzo de 1461, siendo recibido con todos los honores reales; y el parlamento, después de una nueva exposición de los derechos preferentes de los York al trono, le proclamó rey con el nombre de Eduardo IV. El nuevo rey, luego que hubo reunido todos sus partidarios, marchó con sus fuerzas al Norte y libró el 28 de marzo á las fuerzas enemigas unidas cerca de Towton, á pocas millas de York, una batalla decisiva, haciendo en ellas una terrible matanza que costó al ejército de los Lancáster mas de 20,000 bajas. Este inmenso desastre no quebrantó el ánimo tenaz de la reina Margarita, la cual con el apoyo de los escoceses y franceses continuó la guerra todavía dos años, aunque sus operaciones se limitaron á expediciones sueltas y golpes de mano. Estas operaciones nada decidían, pero eran una protesta viva contra la coronación solemne de Eduardo IV, verificada después de la batalla de Towton, contra el reconocimiento de los derechos preferentes de la casa de York al trono y contra el fallo condenatorio de la usurpación cometida por la casa de Lancáster, pronunciado con toda solemnidad por el flexible parlamento. Contribuyó á mantener la guerra civil y con ella la situación poco estable del nuevo rey, la ferocidad con que éste y sus secuaces aprovecharon su preponderancia momentánea para despojar á todos los partidarios de los Lancáster de sus bienes, honores y empleos, y hacer ejecutar como culpables de alta traición á cuantos pudieron coger. Este régimen terrorífico, en lugar de acallar rencores y restablecer la paz, sembró nuevas tempestades. Entretanto, la reina Margarita se fué convenciendo de la inutilidad de la guerra en pequeña escala, y renunciando á ella, pasó en el año 1463 al continente, primero á la corte de Borgoña, y cuando allí no encontró el apoyo que buscaba, al condado de Bar, el antiguo patrimonio de la familia de Anjou. Pero lo que esta reina infatigable no consiguió con su actividad y sus esfuerzos febriles, lo facilitó la imprudencia de su adversario, cegado por la fortuna que había acompañado á sus armas.

Hallábase Eduardo IV reconocido como rey de Inglaterra sin rival ni facciones contrarias; los grandes feudos y altos cargos del Estado estaban en manos de sus parientes y partidarios; el pueblo inglés respiraba satisfecho á medida que disfrutaba de los beneficios de la paz, del orden y de la seguridad, y el parlamento se mostraba sumiso y obediente. En estas circunstancias el mismo rey socavó neciamente su posición, en apariencia robusta, por una mujer, y precipitó otra vez á su familia y al país en una nueva contienda dinástica con todas sus peripecias súbitas é imprevistas. Uno de los rasgos notables de aquella época, en que dominaban las pasiones mas brutales, es que los campeones mas esforzados, que en las confusas guerras intestinas se jugaban á cada momento la vida y las haciendas, cedían á la sensualidad y para lograr el favor de una mujer que excitaba su deseo ponían en peligro su porvenir político y todo lo que en sangrienta pelea habían conquistado. Así ocurrió á Eduardo IV, de cuya desgracia fué origen su casamiento, verificado en el otoño del año 1464, con Isabel Wydeville, duquesa de Bedford, viuda del caballero Juan Grey, partidario de la casa de Lancáster, muerto en una de las acciones de la guerra civil. La madre de esta bella viuda era la duquesa de Bedford, casada en segundas nupcias con lord Rivers. Hallándose el rey hospedado en el castillo de la duquesa, Isabel se arrojó á sus pies rogándole que levantara la confiscación de los bienes y la proscripción que pesaba sobre la familia de su difunto esposo. El rey, muy aficionado á aventuras, enamoróse

de la hermosa viuda; y como ésta tuvo bastante talento para resistirse á sus deseos, se casó con ella. La elevación al trono de una mujer perteneciente á una familia del partido de Lancáster excitó gran disgusto en las filas de los amigos de York, y este disgusto creció cuando el rey, bajo la influencia de su mujer, fué favoreciendo á la familia Grey y á sus allegados, no con el fin de apaciguar los ánimos, sino para complacer á la reina. El poderoso Warwick y otros que mayores sacrificios habían hecho para elevar á Eduardo IV al trono, sintieron estas preferencias como otras tantas ofensas graves. A éstas se agregaron diferencias políticas, como los desposorios de la hermana del rey, la princesa Margarita, con Carlos el Temerario de Borgoña, suceso que desagradó especialmente á Warwick, el cual, á fin de privar al partido de Lancáster del auxilio francés, deseaba mantener con Luis XI relaciones amistosas en lugar de excitar su suspicacia. Paso á paso creció el descontento; se acusó al rey de ingrato, y los amigos de Warwick decían que no habían prestado su auxilio al rey para que colmara á sus enemigos de honores y bienes. A esto se agregaba que Eduardo IV



Groat, moneda de plata de Ricardo III (tamaño del original).

Anverso.—En el centro la cabeza del rey ciñendo la corona y encima, en la inscripción, una rosa. La inscripción dice: RICAR. DI. GRA. REX. ANGL. (sigue un signo que significa *et*) FRANC.
Reverso.—Una cruz con tres puntos en cada ángulo divide la doble inscripción circular. La inscripción exterior empieza con una rosa y dice: POSVI. DEVM. ADIVTORE.-MEVM., y la interior: CIVITAS LONDON.

Se conserva en el Gabinete Numismático de Berlín.

no tenía todavía sucesión masculina, siendo por lo mismo heredero presunto su hermano, el duque de Clarence, hombre ambicioso que se prestó á ser instrumento de los descontentos acaudillados por Warwick, con cuya hija se casó. Hecho este casamiento en Calais pasaron suegro y yerno á Inglaterra, donde se pusieron á la cabeza de la población rural de los condados del Norte, que se habían sublevado con motivo de las excesivas cargas eclesiásticas. El furor de los sublevados se dirigió principalmente contra los parientes de la reina, de los cuales algunos murieron á sus manos. La rebelión creció y el rey para salvar su corona tuvo que pactar la paz con Warwick. Al año siguiente, 1470, estalló un nuevo alzamiento, que fué sofocado; pero Warwick y Clarence, que también esta vez estuvieron comprometidos, se libraron á tiempo del castigo huyendo á Calais, y no siendo ya admitidos allí buscaron asilo en Normandía. Con esto dieron ocasión al rey de Francia, Luis XI, para tomar el desquite del auxilio que Inglaterra había prestado á los partidos que habían asolado la Francia con sus guerras. Luis XI permitió que la Normandía fuese el punto de reunión de los muchos ingleses que abandonaban su país temiendo excitar las sospechas y las persecuciones del rey, emparentado con los partidarios de Lancáster. Convencido Warwick de que por sí solo no podría vengarse del rey derribándole, y guiado exclusivamente por su ambición personal, ofreció su apoyo á la reina Margarita, su enemiga mortal, que con su hijo vivía en su país de Anjou. Duro sacrificio fué para la reina acep-